



ALEGRIA

VERSUS

LAFOURCADE

En la Feria del Libro se enfrentaron estos contendores en torno al tema "Literatura y revolución". Un público numeroso siguió, con vivo interés, cuatro rounds intensamente disputados.

"Uno de los más agudos problemas latinoamericanos es que estamos necesitando, más que nunca, a los Che Guevara del lenguaje, los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución" (Julio Cortázar).



LOS CONTENDORES antes de ser presentados por el anunciador oficial.

EN LA MISMA forma en que lo hacen los pugilistas cuando deben sostener un match, se presentaron al estrado de la Feria del Libro - Bandera esquiva de Hufelands - los escritores Fernando Alegria ("Caballo de copas") y Enrique Lafourcade ("Palomita blanca"). Había expectación entre el público del ring-side. Juan Uribe Echeverría, uno de la galería y gran admirador del boxeo, lanzó la clásica talle: "ya pues, niñitos... nada de tontos. Dura y al montón... Esa es la cosa".

y empezó el combate con unos fintes de Fernando Alegria, que sirvieron a su contendor para dimensionar el estilo que debería aplicar en el desarrollo del combate. Era necesario dilucidar qué es literatura y revolución, tema que turba y conturba a muchos aficionados y a no pocos profesionales.

El encuentro fue a cuatro rounds arduamente disputados. Alegria y Lafourcade cruzaron golpes reveladores de una técnica depurada que entusiasma al "respectable", compuesto por historiadores, novelistas, cuentistas, poetas y simples curiosos del trajinar literario.

CAMINOS PARA UN NUEVO ESTILO

Naturalmente, hay que reconocer que Fernando Alegria es un hombre con grandes experiencias internacionales. Para él, este match fue más bien de exhibición, sin que ello quiera decir que su sparring no posee recursos como para defenderse y atacar, olvidándose de su

condición de amigo personal de su contrincante.

Alegria trajo para esta oportunidad su libro "Literatura y revolución", editado en 1971 por el Fondo de Cultura Económica de México, el que usó en reemplazo de su guante derecho y con el aplicó sus mejores mamporrazos.

Dice el autor de "Caballo de copas" que "cada vez, con mayor insistencia, y advirtiendo cierta agresividad en el tono,

he oído en foros universitarios y encuentros de escritores, preguntas que intentan establecer la autenticidad de la experimentación, la innovación y el dinamismo revolucionario de la actual narrativa hispanoamericana. De estas preguntas, me quedo con la más sencilla, y, para mí, directamente reveladora. ¿quién, entre los novelistas de vanguardia hoy con los que abren caminos genuinamente revolucionarios y representativos de un nuevo estilo? Esta pregunta, a mi modo de pensar, encierra una serie de premisas claves presentes ya, directa o indirectamente, en el juicio de los lectores y los críticos que se resisten a admitir golpes por fiebres. Las premisas son:

1) Durante un periodo de nuestra historia social en que se imponen con necesidad axiomática, profundos cambios revolucionarios, hemos visto que algunas formas de expresión artística, en un proceso de super abastecimiento y super-rendimiento frente a la realidad burguesa, entraron en crisis al pretender crear la imagen de una nueva realidad.

2) Los exponentes de esta forma a que me refiero usaron con abundancia, eficacia y bravura, instrumentos técnicos, ya probados, en el convencimiento de que si ellos fueron útiles en medio de una crisis social hace cincuenta años, podían servir otra vez al manejarlos con astucia.

3) Es evidente que, por sí sólo, los instrumentos técnicos de la gran renova-

escritor que vive la revolución desde adentro no podrá evitar, si es sincero, preguntarse cómo actúa su obra en la nueva organización social y qué se espera de él dentro del dinamismo de la revolución.

Ahora bien, si este escritor representa un arte viejo al servicio de la revolución, me imagino que pone su obra bajo una lupa y examina cuidadosamente. desarma cuadernillos, descompone páginas, sisea frases, golpea palabras y las hace sonar como monedas; se mira las manos, permanece callado mucho tiempo, deja ver su angustia, ya que nadie observa. Se pregunta ¿qué he hecho? Entonces, la lupa se convierte en un espejo y, frente a él empieza el escritor a desnudarse. Es un strip-tease cruel. Será parte de un historial público. Porque nuestro hombre pisó el palito. Se ve los neumáticos de grasa que le cuelgan del pecho sobre tres, cuatro anillos oscuros, vastos, flotantes, expandiéndose desde el ombligo y tapando, como un vestido informal y suave, unas piernas sueltas e inseguras. Levanta los brazos en un gesto de asombro, pero los brazos han olvidado este gesto, y en cambio, cierran el nombre de densa y picante gelatina. Gira con autoridad. De una vuelta completa en su pequeño eje de pies blancos, sin callos. La visión luzga de las espaldas se graba como una antigua foto de algún volcán tropical entre nubes.

Ha sido un paso de baile de otra época: Ahora rígido, sin gracia, enfermo. No obstante, en la adiposidad sin fondo, que refleja el espejo, este cuerpo se desdobra, se multiplica; en ningún momento es nítido ni limitado, ni se compone sólo de formas; impone, además, colores y sonidos, de modo, que en un instante, la imagen se apodora de su propia libertad desordenada, la domina y rompe con facilidad la luna que pretendió contenerla. El escritor toma, entonces, su cuaderno y se hace una autocrítica a fondo, turbulenta, resplandeciente, operación sangrienta que va a salpicar a una generación, un baño de buen líquido para el bautizo de balas. En este autoconfrontamiento siente y sabe que no está solo: en novelas, ensayos, poemas y actos teatrales, él y sus compañeros se lavan, se refresgan, se fumigan, queman sus vestiduras y exponen sus carnos al examen despiadado de los impacientes y absolutistas que constituyen su público.

La crítica, tradicionalmente impresionista, se retro asombrada y desconcertada ante este proceso de autocrítica. No entiende las imágenes superpuestas, las exposiciones múltiples, los collares de voces que emergen del espejo confesional. Le da el paso a una desviación del estructuralismo que, para agarrarle el rabo a las ánimas, separa, ordena, clasifica, enfoca y proyecta los elementos constructivos del aparato mecánico de la obra literaria, con la esperanza de que el autor, como Dios, esté presente en cada una de las partes de su creación, y si no se deja fotografiar, al menos dejará sentir su soplo entre los dedos del crítico.

Así, con "Literatura y revolución", Fernando Alegria fue atacando y contratacando, a la vez que Enrique Lafourcade devolvió algunos golpes y planteó una técnica que, sin ser contundente, fue recibida por sus partidarios como demostración de indudable conocimiento del oficio.

El encuentro tuvo una duración de más de una hora. Sería, como es lógico, tarea difícil resumir aquí todo cuanto ocurrió allí en esa tarde, que puede ser base para una serie de enfrentamientos entre escritores de toda la gama política vigente y contingente.



EL PÚBLICO de ring-side. A la izquierda está Jorge Iinostracy, el autor de "Adiós al Séptimo de Línea".

Alegria versus Lafourcade. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alegría versus Lafourcade. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile